

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Las guerras y los trabajadores

Entre los que quisieran sinceramente terminar con las guerras se ha dicho y repetido hasta el cansancio que solamente los trabajadores podrían y deberían acabar con ellas, porque es al proletariado en general que le afectan directamente. Las víctimas inmoladas por el Moloch capitalista, en la protección de sus particulares intereses, son tomadas en infinita proporción entre las clases menesterosas.

No ha habido artista, pensador, filósofo que no haya denostado, maldecido la locura guerrera. Recordad a Voltaire y a todos los enciclopedistas; mucho más cerca, recordad a Eugenio Carrière, el pintor de las maternidades proletarias y de los barrios obreros, en su famosa contestación del *Worcester's*, el diario de la socialdemocracia alemana en la encuesta sobre las matanzas colectivas. El artista decía: *En todas las casas debería inscribirse: no peguéis, no maltratéis a los niños; porque la violencia individual engendra la violencia colectiva;* etc. Y el patriarca Ruskin, en sus cartas dirigidas a los trabajadores de Gran Bretaña, en el 1871? He aquí con qué palabras, con qué apóstrofes candentes los emplazaba: "En estos tiempos no existe crimen físico ni moral que se halle más lejos de todo perdón — sin ningún paralelo de culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra o practicar la invención de sustancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelearse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les levantas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques. ¿qué merced, qué perdón hay para tí?"

Estos apóstrofes de grave dramática debían repetirse continuamente como estríbillos; las crudas verdades sobre la envilecedora fagita del cuartel y del militarismo, que con ella quieren convertir a los hombres en brutos con hocicos y garras, habría que servirlos en todos los condimentos, hacerlas rebrillar en sus mil matices a fin de que los trabajadores se las estereotipasen en la conciencia, negándose rotundamente a ser víctimas o verdugos. Hay que predicar el odio santo a la guerra y también a la idea de autoridad, los dos prejuicios más intoxicadores de la mentalidad humana. No necesitamos desperdigarnos, dispersarnos en la prédica de múltiples puntos de vista. Quien mucho abarca poco aprieta. Nos son suficientes dos o tres ideas básicas, y hundir en esos dos o tres surcos la reja del arado hasta cavar profundamente en las mentes y en las conciencias y en la sensibilidad de los individuos.

Una de ellas, la principal, es la que ya fué entrevista por Ruskin, y la que por no haber sido realizada en la medida necesaria, hizo acaecer la gran guerra. Hay, pues, que desarmar las conciencias. Y para ello debemos dar la voz de orden a los trabajadores a fin de que se rechacen, no interviniendo, no inmiscuyéndose en cualquiera industria guerrera. Ya sabemos: es fácil decirlo, aconsejarlo; pero para hacerlo, llevarlo a la práctica ya es imprescindible tener una resistencia heroica, que no todos los parias poseen desgraciadamente.

No importa. Lo mismo debemos arrear. Se empieza siempre por las palabras, y luego ellas irán madurando los hechos. Inculquemos el asco, el aborrecimiento a la violencia, a la organizada sobre todo, como la más baja cobardía que puede cometer un ser humano, y después los resultados morales irán asomando.

Si en todos esos arsenales y astilleros donde se construyen armas y naves de

guerra se pudiese proclamar la deserción de los operarios, no sería el fin de las guerras, pero sí se daría un paso gigantesco hacia la terminación de ellas. Habría represalias por parte del Estado y de los capitalistas, lo natural de esperarse; caerían también muchas víctimas, quedando, en cambio, un precedente aleccionador, una prueba elocuente de la conciencia de los trabajadores. Y el ejemplo no tardaría en cundir.

Apresurémonos a declarar, por otra parte, que los únicos con ideas sociales que ansían con todas las energías de sus pobres humanidades la desaparición total de la guerra, arrancándola de cuajo, somos nosotros los anarquistas. Somos nosotros, que no tenemos ningún interés creado para regarlo y cultivarlo con la sangre ajena. Los políticos, mancomunados, desde los conservadores de cuantos países existen en el orbe hasta los socialistas de cualquier laya y pelaje, y los comunistas, todos esquivan y aplazan la cuestión. Y nosotros somos pocos. Y de estos pocos hacen número los que descuidan las ideas básicas, generales, por sus ideucas personales.

Lo inevitable de siempre. A ello debe imputarse un poco la lentitud del progreso del odio contra la guerra. ¿Que somos escasos y que no estamos todos los que somos? Tampoco esto importa. Son crisis pasajeras a las que hemos de sobreponernos.

Por lo pronto nos toca, desempeñar el rol del espectador pasivo ante los innumerables síntomas preanunciadores de

nuevas contiendas sangrientas entre los pueblos. Aquí, por ejemplo, hubo una riña entre los ministros del Estado por el famoso gasto autorizado en ley secreta por el Congreso para la modernización de los armamentos del ejército. Se pelean seguramente para saber quien escamoteará una mayor cantidad de dinero de esa suma astronómica. No llevan, por cierto, estos ladronzuelos de millones, ningún fin bélico, sino el de redondear sus respectivas fortunas.

Hay, sin embargo, otra noticia que nos inquieta más. La industria de Eibar se halla atravesando una crisis. Entonces, los armeros de todas clases acordaron constituir un sindicato de la industria armera, para tratar de conseguir se le permita la fabricación de armas de guerra.

Es nada más que una gota de agua en este mar de la fabricación de armamentos. No obstante, nos hace vislumbrar el estado de la conciencia contemporánea. Suponemos que, entre los patronos, quienes gestionan el asunto de la confección de los chismes bélicos, habrá también numerosos trabajadores.

La gente que sabe instruirse no toma al azar sus materiales, sino que los selecciona. — Mme. De Lambert.

Un buen libro, un buen discurso, pueden hacer mucho bien; pero un buen ejemplo es lo que habla con más elocuencia al corazón. — Confucio.



El terror de la Liga de las Naciones

EXCESOS DE CELO ENFADOSOS

Las religiones oficiales, así como las no oficiales, se apostraron dentro del geoglífico de sus dogmas: imagen exacta de la serpiente mordiendo a la cola. Esto ha sido su mejor fuerza, y ahora está siendo su más claudicante debilidad. El estancamiento absoluto había de traer inevitablemente la podredumbre interior. Los engañosos signos de vida que ostenta orgulosamente en los modernos tiempos post-bélicos, son únicamente los últimos impulsos de un cuerpo paralítico. Podrá vivir indefinidamente para las funciones animales. Y nada más.

Por eso no caben las figuras sinceras, los verdaderos creyentes, rarísimos de hallar: quienes, por una disposición especial de su mecanismo interno, podrán representar el simulacro de anacronismo viviente, en pugna con las verdades científicas de la hora; pero siempre poseerán el mérito de engañarse en pleno candor y sinceridad. Por ende, son seres respetables. Estos ya rebasan del límite estrecho y retorcido del dogma, y se verán aislados como personajes raros, propicios pensionistas de cualquier Opendoor, o manicomio.

Los pregoadores de los milagros celestiales son quienes creen menos en ellos, y precisamente cuando se aparecen en forma de espíritus selectos, inquietos de nuevas verdades, revestidos de carne y músculos a la par de cualquier simple mortal. Los que se dicen descendientes de los mitológicos e hipotéticos doce apóstoles, constituyen los peores y más mortales enemigos de los apostolados, cuando éstos son capaces de escalar el verdadero heroísmo silencioso, en el sacrificio de ellos mismos.

Van Gogh, el pintor enamorado de la dorada luz de Provenza, estuvo un tiempo en Bélgica, en la época en que estallara una epidemia de tífus. Sus sentimientos nazarenos, de un altruismo pocas veces superado, le improvisaron enfermero. Y fué tanta la diligencia que desplegó en atender y cuidar a los enfermos, que un inspector del *Comité de Evangelización* constató "su enfadoso exceso de celo". Poco después se hizo misionero entre los mineros, quienes le tomaron un gran cariño y afición, y otra vez sus desbordes de misticismo, o más exacto, de bondad, provocaron las amonestaciones del obispado holandés haciéndole desistir de su empeño. Tuvo que renunciar a la carrera religiosa. En suma, la Iglesia no quiere que se la perturbe sus digestiones.

Del mismo país de nacimiento de este artista nos llega una noticia casi parecida. No se constata el enfadoso exceso de celo y sí la independencia mental, nociva y perjudicial a la virgínea integridad del dogma. Y todavía se trata de un pastor reformista.

Parece que el síndico general de las Iglesias Reformadas de Holanda suspendió por un trimestre al reverendo W. E. Geelkerken, quien, en unos sermones pronunciados recientemente, puso en duda la leyenda de Eva y de la serpiente; además, este pastor se negó a firmar un pacto comprometiéndose a interpretar *ad pedem litteram* — al pie de la letra — los Evangelios y todo lo que dice el Génesis.

El mayor y el pecado capital para la "Santa Madre Iglesia" no es el pecado de la carne, permitido y aun alentado, sino el que se refiere al espíritu.

Se ha dicho que si Cristo hubiese existido y se le hubiese ocurrido la humorada de resucitar verdaderamente, el clero y todo el mundo le volvería a crucificar. ¿Pero es que diariamente no crucifican o ayudan a crucificar todos ellos a los pobres cristos que surgen del pueblo en un incontento afán de rebeldía?

LA JUSTICIA DEL RATON

¿Dónde se hallan radicados la mayoría de los intereses capitalistas norteamericanos, representados por poderosas empresas de minas, de ferrocarriles, de la aduana y del monopolio de las comunicaciones cablegráficas, del correo, del tabaco, los alcoholes, la luz, las aguas corrientes, etc.? ¿En Chile o en Perú?

No negamos la razón ni la justicia plañtónica al país que la posee por derecho propio. Tampoco simpatizamos con la fuerza bruta que es Chile contra el derecho reivindicativo e íntimo del Perú. Pero la buena fe no se halla en ninguna parte. No es Estados Unidos, ni los peruanos ni los chilenos quienes dan pruebas fehacientes de rectitud y honestidad. Chile — o sus autoridades — hizo todo lo que pudo para hostilizar a los nativos que debían intervenir en la votación del plebiscito; deportó a algunos, haciéndoles firmar un protocolo como que enigraban del territorio cautivo por su propia voluntad; y azuzó a la muchedumbre del lugar, instigándola a cometer actos de vandalismo contra residentes sospechosos de peruanismo. En fin, por el derecho o por la fuerza, como reza su lema, quiso que las condiciones le fueran tan favorables que el triunfo se lo aseguraba antes de votar.

Perú, por su parte, no se quedó a la zaga. Abultó los más insignificantes sucesos; hasta inventó otros y, comprobando que su rol de víctima le era más profundo, adoptó la actitud del mártir ante el continente americano, con el expreso deseo de inspirar lástima, mezclada con un poquito de piedad. Las autoridades norteamericanas de la comisión plebiscitaria, también ellas, desempeñaron su papel en falso. Ciertamente, los hechos daban la razón a los representantes peruanos, pero había, además, los alicientes de las promesas de Legula, las minas en Arica y los intereses de sus compatriotas que salvaguardar, asentados en el Perú. Entonces se conciliaba el espíritu de justicia con los fines utilitarios tan caros a los yanquis.

Supongamos que, a pesar de todo, los capitales estadounidenses se hubiesen arraigado en Chile, ¿serían los miembros de la comisión plebiscitaria tan escrupulosamente justos, obediendo instrucciones de su gobierno?

Sin que queramos juzgar, nos parece que no. En las relaciones internacionales mucho menos que con las individuales, no se tienen en cuenta los escrúpulos, la hidalgía, la magnanimidad. El ejemplo se halla en Méjico. Hay, pues, una justicia particular, con pesas falsas para la nación azteca, y otra con pesas aparentemente leales para el país de los araucanos.

No habiendo buena fe en ninguna de las partes, imposible imponer el respeto con un fallo justiciero. Fuertes las autoridades chilenas de la malicia y el fraude de sus adversarios, se aprovecharán para ganarles de mano.

Por eso, al proponer tímidamente el general Lassiter una prórroga de doce días, aplazando el empadronamiento, el gobierno de Chile le replicó insolentemente con estas palabras:

“La incertidumbre que se crea con las postergaciones del acto plebiscitario, no hace sino agravar la situación internacional que el árbitro trató de resolver”.

¡Esperaron durante un año, y ahora, por doce días, creen que se les desploma el mundo encima!

Lo que hay es que la justicia del ratón, el cual con la excusa de pesar el queso se lo iba comiendo a dentelladas, está en decadencia. Poca gente la respeta, y menos las naciones, a no ser que se la impongan por la fuerza de los cañones.

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

D. A. DE SANTILLAN

LA CRISIS DE LA DESOCUPACION

La crisis de la desocupación, que ha sido siempre un fenómeno crónico del régimen capitalista, alcanzó después de la guerra proporciones desorbitadas en los países más industriales del mundo. Pero los millones de desocupados en Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, etc., ya no siembran el pánico en las esferas del privilegio, al contrario, ofrecen un soberbio ejército industrial de reserva que permite a los capitalistas maniobrar a su antojo y dictar imperativamente a los trabajadores, las condiciones de trabajo. Hace cincuenta años, una desocupación tan formidable como la actual hubiera sido un factor revolucionario; hoy, gracias a Dios, el socialismo científico ha sabido adiestrar los instintos populares y domar los impulsos de las masas. Esa desocupación favorece los planes de la reacción internacional.

Gentes poco más o menos bien intencionadas se preocupan de hallar una solución a esta crisis inaudita; pueden leerse tratados enormemente grandes, recetas científicas, exposiciones económicas reveladoras de esfuerzo mental y de paciencia; pero todo eso tiene un defecto capital: quiere hallar la solución dentro del sistema capitalista y forzosamente pone una cataplasma a un mal y fomenta otro peor. El capitalismo tiene ya una potencia tal que se rige por sus propias leyes inherentes, más poderosas que la voluntad de tal o cual capitalista. Y así se va de contradicción en contradicción y los economistas y sociólogos marchan a la zaga de las evoluciones de ese funesto sistema económico, que no se deja, guiar ni determinar más que por la propia esencia antihumana que le dió vida.

Quien sabe si al fin y al cabo, Marx haya tenido algo de razón al establecer el desenvolvimiento suicida del capitalismo, no en la forma prevista por él, la acumulación del capital, sino en el sentido del agotamiento de la especie humana en sus rodajes incontrastables.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fue el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado ni se mostró más sumiso en espera del maná bíblico que en esta hora.

Son, precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista, los que consideran como la misión capital de su existencia el descubrimiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria presentes. Y por desgracia no pueden hoy recurrir al recurso de otros tiempos, cuando se salían por la tangente y explicaban la infundación de sus panaceas por las intemperancias y locuras de los anarquistas. Los anarquistas se han vuelto gentes bien educadas y reservan, parece, sus energías para la hora decisiva, desdeñosos de gastarse en animar con su fe y su pasión las luchas proletarias de todos los días. Este es, también, un síntoma de la hora.

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la campaña de la jornada de seis horas, teníamos presente el malestar insoportable de la post-guerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio pasajero a la situación del

proletariado; una reducción de la jornada, hubiera significado automáticamente, por algún tiempo, el trabajo para todos, disimulando así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, y sin embargo, cada día tenemos conflictos y realidades más tristes y cada día se reduce más la energía combativa de los trabajadores. El hambre, o mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos, la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida yo encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados, pero en esos países el grueso del ejército proletario está dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo, de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista es la concurrencia de los continentes, Europa contra América, por ejemplo. Se quisiera dar vida a una Confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados rivales de Europa y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de África y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o se inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados como un todo, y defenderse rabiosamente con

tra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

Sobre la crisis de la desocupación, no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

1.—La jornada de seis horas, silenciosa generalmente como una utopía flocente, incluso por la mayoría de la prensa anarquista;

2.—La tesis de los capitalistas europeos, según la cual, para concurrir con los Estados Unidos, no hay más que una salida: reducir el costo de la producción. Por reducción del costo de la producción se entiende disminución de los salarios y aumento de la jornada de trabajo. Esta tesis es tan convincente que los sindicatos reformistas alemanes dieron su consentimiento a la implantación de esa táctica por los grandes industriales de Alemania.

3.—La tesis del aumento de la capacidad de compra de los trabajadores, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor y se produce el fenómeno de una crisis en que los depósitos están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifiestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aún el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran porque no encuentran consumidores, mercados para sus productos, y los consumidores mueren de hambre y tiritan de frío porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy, es un elemento integrante de todo el sistema capitalista desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabajan menos horas y sin embargo pueden concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados Unidos, James J. Davis, en un artículo de la *Monthly Labor Review* (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: “Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios”. Y la perspicacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo por una parte y por otra ponen sus fondos a disposición de los industriales que pueden proseguir así cómodamente sus negocios! ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaran a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial para levantar un poco las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, los socialistas se inclinan a favor de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

JUAN GRAVE

Cómo se mata una propaganda (1918-20)

Es siempre aburridor — para el lector al menos — el abrumar con las propias cuestiones personales, y yo le he presentado ya tantas que habré podido hacerle creer que soy el ser más agrio del mundo.

Se me dirá que no se conoce uno nunca bastante a sí mismo. Sin embargo yo no creo ser agrio. Mis disidencias con los camaradas fueron producidas siempre por razones de propaganda que no tuvieron — por mi parte — nada de personal y en las que creo estar en lo justo.

“En una disputa nadie cree estar en el error”, se me retrucará. ¡Evidentemente! Por lo tanto, habiendo emprendido el relato de un rincón de propaganda, creo deber dar todos los hechos. Que el público juzgue.

Por diferentes razones, nuestro regreso a Francia — de mi mujer y mío — fué retardado en diferentes circunstancias; fué epistolariamente cómo comencé a convivir con Pierrot y Guerin respecto del periódico a aparecer.

Envíe a Pierrot y a Guerin el programa siguiente:

Programa para la reaparición de *Temps Nouveaux*.

1. Encontrar 5 ó 6 camaradas capaces de resistir las influencias de capilla, que sepan también juzgar las cosas y las gentes para asegurar un aspecto claro y lógico al periódico, que sepan imponerse a las ingerencias indeseables y apartar toda desviación.

2. El grupo deberá componerse de camaradas que se conozcan, que tengan un fondo común de ideas que les permita entenderse después de la discusión sin tener que repartirse en mayoría y minoría.

3. Ese grupo organizará la redacción y administración, decidirá sobre el modo de publicación y apelará al concurso de todos los que aprueben este programa, que les será sometido.

No es preciso decir que, aparte de la redacción, la colaboración en el periódico estará abierta a todas las buenas voluntades que valgan para ser utilizadas.

4. Un fondo de 5.000 francos será reunido antes de lanzar el primer número.

5. Ese fondo será constituido por suscripciones, producto de reuniones, conferencias, etc. — lo que implica la organización de grupos activos — los camaradas harán, pues, bien, desde el momento, encarrando ese aspecto de la propaganda. Es la falta de organización y de cohesión lo que nos ha hecho impotentes ante los acontecimientos y fué causa del confusismo en que están en tren de suicidarse los anarquistas.

Un medio para cooperar a formar ese fondo sería el ayudarnos a liquidar las existencias de folletos, volúmenes y libros que nos quedan de la antigua administración. El 50 por ciento de esa venta se destinará a liquidar las deudas de dicha administración, el otro 50 por ciento será vertido en el fondo de caja y para suplir los gastos de propaganda y de organización.

6. Creación de un grupo de suscriptores permanentes que se comprometan a donaciones regulares.

7. En todas partes donde tengamos camaradas que, con nosotros, piensan necesaria la reaparición de *Temps Nouveaux* que nos hagan saber desde el momento el número de ejemplares cuya venta pueden asegurar, y la cifra de suscripciones que puedan reunir. Eso nos ayudará grandemente a calcular las probabilidades de éxito que podemos tener. El pago de las suscripciones y donaciones no se pedirá más que al aparecer el periódico.

8. Cuando los fondos lo permitan, será bueno organizar, por medio de viajes circulares, visitas a los camaradas de provincia — y del extranjero si es posible — por medio de camaradas que, sin ser necesariamente oradores, sepan exponer nuestros fines, y organizar en todas partes donde sea posible, grupos de propaganda.

(Esos viajes, si se pudiesen repetir, serían una fuerza para el periódico, pero también para la propaganda en general).

9. Si llegamos alguna vez a tener con nosotros camaradas que puedan ser, otra cosa que molinos de palabras, podríamos organizar jiras de conferencias, y aprovechar el pasaje de los conferencistas para organizar en las localidades en que se

vista, pero que no siempre son apropiados para ciertas labores.

Todo eso era claro. Y más tarde, cuando vi que Guerin y Pierrot habían decidido no esperar mi regreso, haciendo aparecer el periódico y llamando a toda suerte de gentes para la redacción, les escribí que eso no era lo que habíamos convenido. Pierrot, en la respuesta a mi carta, me escribía: “No hay nada demolido, nada destruido. Está claro, por otra parte, que se esperará su regreso para entenderse sobre todas las cosas. Pero yo creí bueno, y Guerin también, reunir algunos camaradas para recalcar el celo desfalleciente de los amigos. Ya en la segunda reunión, aparte de Guerin y de mí, no había más que Cornelissen y P.”

Esta carta está fechada el 16 de febrero de 1919.

Como la realización de ese programa habría exigido algún tiempo antes de estar dispuestos a aparecer, sugerí a Pierrot y a Guerin que podríamos, mientras tanto, continuar el Boletín cuya iniciativa había tomado Guerin — había agregado un párrafo en ese sentido — con la libertad de ampliarlo a medida de las posibilidades. Así se podía preparar la aparición del periódico.

Ese programa debía ser publicado en uno de los próximos números del Boletín; ellos publicaron la primera parte, pero no el fin. Además fueron hechas algunas correcciones. Sin gran importancia por lo demás. Yo sabía que Pierrot tenía la manía de las correcciones. En cuanto a lo que no publicaron, apareció en el número siguiente: yo encarré por lo demás una campaña de manifiestos y exposiciones, antes de conseguir algo serio.

Pero, siguiendo el Boletín, una corta nota anunciaba que *Temps Nouveaux* reaparecería en forma de revista.

Comprendí que se desviaban demasiado del programa convenido y publicado, decidiendo una cosa importante sin consultarme, en una reunión donde todo el mundo había sido invitado. La línea de conducta de un periódico de propaganda no debe ser subordinada a un voto de una reunión pública.

¿A qué quedaba reducido el compromiso de no aparecer antes de haber creado un fondo de caja, encontrado bastantes abonados y haber organizado la venta que nos permitiera tener bastante resistencia para superar las primeras dificultades?

Mis buenos hombres obraban demasiado ligeramente con los compromisos libremente aceptados.

Además, si soy de opinión que un periódico debe estar abierto a todas las buenas voluntades, que debe insertarse en él todo lo que vale la pena, aunque a veces sus puntos de vista sean diferentes de los vuestros, el redactor responsable debe ser elegido con discernimiento.

No he conservado copia de toda la correspondencia cambiada con Guerin y Pierrot. Sería por lo demás incurrir en excesivas repeticiones el reproducirla. Pero he conservado la carta siguiente, que resume aproximadamente todas mis objeciones y da una idea de las suyas.

“Weston-super-Mare, 8/5-1919.

Mi querido Pierrot,

“No hemos, Guerin y yo, cambiado de opinión, es la situación la que nos ha llevado a la aparición”, — dice Yd.

Invocar el cambio de situación o de circunstancias para justificar un cambio de actitud, es, a falta de algo mejor, la razón más plausible. Pero el cambio de circunstancias, ¿justifica el cambio de actitud? Las circunstancias, ¿han cambiado realmente?

Cuando hemos encarrado la posibilidad de reanudar la publicación del periódico, la situación era ésta: es preciso dinero no lo tenemos. Además, la experiencia de treinta años nos ha demostrado que un periódico que no tiene un fondo de reserva no tiene más que una existencia precaria, que la necesidad de luchar cotidianamente con dificultades pecuniarias le crea una situación inferior, forzando a los que o al que se ocupa de él, a concentrar todos sus esfuerzos para hallar los medios de hacerlo vivir, mientras que

detengan, y en las localidades vecinas, grupos que se encargarían de enviar al periódico todo lo que podría ser útil. Pero no tendría que ser esa la única misión. Hasta aquí se había demasiado de iniciativa, de asociación, sin practicarla nunca. Sería bueno que los camaradas se asocien en vista de poner en pie algunas obras de propaganda.

Si quiere persistir, un grupo debe tener algún propósito de propaganda, que realizar. Son los grupos ya existentes los que en el momento de la revolución, aseguran su triunfo, siendo capaces de sustituir a las organizaciones capitalistas que se trata de destruir, de organizar la sociedad nueva.

Estas formas de agrupación no faltan si se encuentran individuos para darles vida: Derensa social, resistencia a los abusos, ligas de consumidores, grupos de cambio o de producción, o acercándose lo más posible, en la forma comunista a que aspiramos, etc.

Este programa, aparte de Guerin y de Guerin, lo comunicué a aquellos camaradas con quienes estaba en relaciones y a quienes suponía que nos podían ayudar. Nadie hizo objeciones. Ni Pierrot ni Guerin.

Como la realización de ese programa habría exigido algún tiempo antes de estar dispuestos a aparecer, sugerí a Pierrot y a Guerin que podríamos, mientras tanto, continuar el Boletín cuya iniciativa había tomado Guerin — había agregado un párrafo en ese sentido — con la libertad de ampliarlo a medida de las posibilidades. Así se podía preparar la aparición del periódico.

Ese programa debía ser publicado en uno de los próximos números del Boletín; ellos publicaron la primera parte, pero no el fin. Además fueron hechas algunas correcciones. Sin gran importancia por lo demás. Yo sabía que Pierrot tenía la manía de las correcciones. En cuanto a lo que no publicaron, apareció en el número siguiente: yo encarré por lo demás una campaña de manifiestos y exposiciones, antes de conseguir algo serio.

Pero, siguiendo el Boletín, una corta nota anunciaba que *Temps Nouveaux* reaparecería en forma de revista.

Comprendí que se desviaban demasiado del programa convenido y publicado, decidiendo una cosa importante sin consultarme, en una reunión donde todo el mundo había sido invitado. La línea de conducta de un periódico de propaganda no debe ser subordinada a un voto de una reunión pública.

¿A qué quedaba reducido el compromiso de no aparecer antes de haber creado un fondo de caja, encontrado bastantes abonados y haber organizado la venta que nos permitiera tener bastante resistencia para superar las primeras dificultades?

Mis buenos hombres obraban demasiado ligeramente con los compromisos libremente aceptados.

Además, si soy de opinión que un periódico debe estar abierto a todas las buenas voluntades, que debe insertarse en él todo lo que vale la pena, aunque a veces sus puntos de vista sean diferentes de los vuestros, el redactor responsable debe ser elegido con discernimiento.

No he conservado copia de toda la correspondencia cambiada con Guerin y Pierrot. Sería por lo demás incurrir en excesivas repeticiones el reproducirla. Pero he conservado la carta siguiente, que resume aproximadamente todas mis objeciones y da una idea de las suyas.

“Weston-super-Mare, 8/5-1919.

Mi querido Pierrot,

“No hemos, Guerin y yo, cambiado de opinión, es la situación la que nos ha llevado a la aparición”, — dice Yd.

Invocar el cambio de situación o de circunstancias para justificar un cambio de actitud, es, a falta de algo mejor, la razón más plausible. Pero el cambio de circunstancias, ¿justifica el cambio de actitud? Las circunstancias, ¿han cambiado realmente?

Cuando hemos encarrado la posibilidad de reanudar la publicación del periódico, la situación era ésta: es preciso dinero no lo tenemos. Además, la experiencia de treinta años nos ha demostrado que un periódico que no tiene un fondo de reserva no tiene más que una existencia precaria, que la necesidad de luchar cotidianamente con dificultades pecuniarias le crea una situación inferior, forzando a los que o al que se ocupa de él, a concentrar todos sus esfuerzos para hallar los medios de hacerlo vivir, mientras que

esos llamados a la bolsa de los lectores, cuando se repiten muy a menudo, acaban por no ser oídos.

Por tanto, era necesario ante todo hacer una campaña para: 1. Asegurarse un número respetable de promesas de suscripción.

2. Recibir donaciones para formar un fondo de reserva estimado necesario. Yo pedía 5.000 francos; sólo para que no pareciera una gran suma y no porque yo la juzgase suficiente. Vosotros mismos la habéis hecho subir a 8.000.

Juzgaba necesario, antes de la aparición, hallar en todas partes donde fuera posible, camaradas que se encargarán de difundir nuestras publicaciones y formar, de ser posible, pequeños grupos a fin de hacer más eficaz y más duradera su acción.

No veo que ninguna de esas condiciones haya sido cumplida. El mundo tiene aspecto de marchar muy bien sin nosotros y nada hace sentir que no pueda una continuar así algún tiempo sin apercibirse de nuestra ausencia.

Todo lo que veo de cambiado, es que os habéis vuelto por desplegar vuestras alas y mostrar vuestra fuerza. No creo que eso sea suficiente para justificar una acción precipitada que, estoy convencido no demuestra más que nuestra debilidad.

Si el fracaso previsto no tuviera otro efecto que ser un fracaso momentáneo, decía yo, arriesguemos el paquete. Pero ese no es el caso. Una tentativa abortada en las circunstancias presentes sería funesta para todo nuevo comienzo — de nuestra parte al menos. — Yo no quiero arriesgarme.

Dejo a vuestra conciencia el juzgar si, para satisfacer algunas impaciencias que no tienen otra justificación que sus propios deseos, es preciso arriesgar un mal paso que se puede evitar con más paciencia, y si, para no asociarme a lo que considero una locura, debo ser puesto en la necesidad de excluirme de una obra que fué toda mi vida.

Por tanto, ¿tenéis un número de promesas de suscripción capaz de cubrir los gastos de la nueva publicación? — ¿tenéis los 5.000 francos al menos, que yo pedía? Si, si las circunstancias han cambiado. Si no, es sólo vuestra opinión la que ha cambiado. La mía es la misma.

Advertid que un número suficiente de abonados, al comenzar, no es una prueba segura de éxito.

(Continuará)

¿SON PRACTICOS LOS INTERNACIONALES?

Por A. Reinsdorf, nacido el 31 de enero de 1849, muerto en el cadalso el 7 de febrero de 1885 a consecuencia de la propaganda anarquista. Este artículo es tomado de la *Berner Arbeiter-Zeitung*, 16 de noviembre de 1876.

No, los revolucionarios no son prácticos, pues todos los reaccionarios e imbéciles, todos los escritores liberales y radicales de periódicos, los “también socialistas” y cazadores de puestos lo dicen — ¿y quién podría dudarlo ya?

En Suiza hay 22 cantones y en todos gobierna el “pueblo”. Así se dice, pero consideremos ese “régimen popular”. El pueblo, es decir el pueblo que trabaja, es explotado en todos los 22 cantones, lo mismo que en Prusia o Rusia; no tiene qué comer, habita pésimamente, muere de muerte prematura, estropeado, está mal educado, mal instruido, bebe aguardiente en lugar de vino, comete delitos forzados por la miseria y otras causas, va al presidio, etc. — lo mismo que en Prusia y en Rusia. Pero sin embargo “gobierna” el pueblo — así se dice, y sólo los internacionalistas no quieren creerlo.

En algunos cantones son los radicales los que tienen las riendas del poder, esos “amigos del pueblo”, como en el cantón de Berna, por ejemplo, pero a pesar de todo el pueblo, el que trabaja, sufre, es maltratado y hasta golpeado por la policía — en el cantón de Uri (el cantón más archireaccionario de Suiza) no se está peor, y en Prusia y Rusia se apelea tam-

bién al pueblo — sin embargo en el cantón de Berna gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas no quieren creerlo. En el cantón de Zurich están los demócratas, esos "amigos del pueblo", en el poder, pero, con todo, al pueblo laborioso no le va bien y suspira sobre los malos tiempos que corren; la policía, usa para domar a los contraventores una verga — pero sin embargo gobierna el pueblo — sólo los internacionalistas son de otra opinión.

En el cantón de Vaud hay un gobierno radical, pero hace encarcelar a los obreros en hueiga, y la policía, como signo de su dignidad, lleva un gran garrote — pero el pueblo gobierna — sólo los internacionalistas dicen que no.

En el cantón de Ginebra han vuelto a ser elegidos los radicales, los mismos radicales que han empleado tan prouvementamente para el pueblo los su millones de herencia (del duque Winemil von Braunschweig a la ciudad de Ginebra; Braunschweig fué expulsado en 1830) que sólo los ricos vieron algo de esa suma. Pero el pueblo muere de hambre y es agobiado por la labor, y los joyeros desocupados (obreros de la industria de las joyas) pican piedras. Ahora bien, los radicales pertenecen al pueblo y éste "gobierna" — los internacionalistas no quieren saber nada de eso.

Los internacionalistas no son prácticos. Cuando hay que elegir en alguna parte un candidato obrero, dicen: eso no te agorda la hortariza, pues "muchos perros son la muerte de las liebres", y con el tiempo se comprará guantes de piel, habiéndose "evolucionado" y se volverá burgués — tenemos ejemplos: — o, si permanece rojo, no será reelegido — podemos observar con ejemplos — pero los internacionalistas no son prácticos!

Si hay que hacer una ley obrera, dicen los internacionalistas: eso no tiene importancia, tendrán que ser hechas centenares de leyes obreras para obtener algún provecho, y luego importa su manejo y su ejecución — pues tenemos ejemplos — además que la deliberación de una ley obrera dura ordinariamente tres años — y luego es chapuceada — pero los internacionalistas no son prácticos!

Cuando son asesinados obreros en el túnel de San Gotardo, a pesar de la república y de la dominación popular, a pesar de la democracia y del radicalismo, a pesar de la Asociación obrera y de la sociedad de Grütli, dicen los internacionalistas: "Hasta que no se modifiquen las condiciones sociales, será siempre así" — pero los internacionalistas no son prácticos!

Y cuando los gobiernos de Ginebra y de Berna expulsan a los curas ultramontanos y en cambio traen otros curas que no se distinguen de aquéllos más que en el hecho de ser doblemente caros, dicen los internacionalistas: "Un cura es un cura, el clericalismo es absurdo, sea ultramontano o "católico viejo" y tal lucha contra los curas es malabarismo radical — pero los internacionalistas no son prácticos!

Si, los internacionalistas debían tomar parte también en todo ese malabarismo — entonces serían "prácticos" — así sostienen los imbéciles, los escribidos liberales de periódicos, los "también socialistas" y los burgueses.

Pero los internacionalistas quieren la abolición del engendro económico existente, la instauración de la igualdad económica, la comunidad de los medios y del producto del trabajo, la abolición de la explotación privada, de la explotación del hombre por el hombre. Entonces el pueblo laborioso de Suiza no morirá de hambre, ni sufrirá bajo una labor agobiadora, ni será estropeado y mal educado, no beberá un mal aguardiente en lugar de vino, no será apaleado ya por la policía. Pero entonces habrá pasado también la dominación de los liberales y de los radicales, de los imbéciles y de los burgueses, etc. — y eso es ser prácticos.

Si, porque los internacionalistas son tan prácticos, por eso gritan los escribidos de periódicos reaccionarios: "Los internacionalistas no son prácticos", aunque saben que tal vez no pase mucho tiempo sin que el practicismo de los internacionalistas les haga poner los pelos de punta.

AUGUST REINSDORF

Pier della Francesca

No se comprende bien cómo en la hora actual el nombre de Pier della Francesca no es tan célebre, ni su obra alabada como lo puede ser el nombre y la obra de cualquier pintor de su misma época, por ejemplo: Fran Angélico, un poco mayor que él, Botticelli o Gozzoli, sus iguales en los veinte años. Se trata de Piero quizás como uno de los más grandes pintores de Italia. Su personalidad posee un poderoso carácter. Está compuesta de contrastes: por una parte una indecible dulzura de coloración y de modelado, por la otra un sentimiento naturalmente noble y de grandeza estática.

Las obras de este pintor no son muy numerosas. A excepción de dos cuadros conservados en la Galería de Londres, todos los demás han quedado en Italia. Y asimismo, el viajero que visita Italia no conocerá a Piero sino por el doble retrato del duque de Urbino y de su mujer, vistos uno y otra de perfil y que son los más puros tesoros de la Galería de los Oficios de Florencia. Para conocer bien a este artista y para experimentar una de las más fuertes emociones que puede darnos la pintura, es necesario detenerse en Arez-



P. DELLA FRANCESCA — "Hércules" (Atrisco)

zo, ciudad importante de la Umbria septentrional. Allí se busca lo más valioso de su labor, que es un conjunto de frescos relatando historias sagradas. En la península itálica, además de dos tallas, una en el Museo de Brera de Milán y la otra en la Academia de Venecia, sus otras obras quedaron todas en su villa natal y en la región donde transcurrió toda su vida.

Umbria del norte dió nacimiento a tres grandes artistas que, sin asemejarse, ofrecen, sin embargo, rasgos comunes: Piero della Francesca, Meozzo de Forli y Lucas Signorelli; los tres nacen entre 1420 y 1440, añadiendo a la gracia tierna de los cuatro-centistas, quienes por la misma época trabajaban en Florencia, en Perugia y en Siena, un elemento de pasión patética que, caracterizándoles, los aislaba. Los guerreros y las extrañas princesas tranquilas que Piero pintaba en Arezzo, los condenados, ya miguelangelescos, que pintaba Signorelli en Orvieto y los grandes ángeles líricos que Melozzo pintaba en Loreto, no llevan muy lejos de las figuras adorablemente perfectas que se pintaban en Toscana y en Umbria. Estos tres misteriosos artistas son retoños de un país montañoso, de austeridad y de soledad. Poco tienen que ver con el arte deliciosamente civilizado, aquel que se aplicaba a las descripciones familiares de un Benozzo Gozzoli o de un Ghirlandajo.

Visitamos añoñ Borgo San Sepolcro, donde Piero nació. Pobre ciudadela campesina, hurañá, situada al margen del camino, con sus grandes casas desnudas,

velado e inclinadas sobre pequeños porches plantados en cada puerta, y adornadas por sus pequeñas lechuzas cautivas, de ojos de topacios claros.

No se sabe mucho de la vida de Piero. Fué discípulo de Domenico Veneziano, que, con Andrés del Castaño y Paolo Uccello, representan el elemento másculo, viril, atormentado, del primer renacimiento florentino. En los principios trabaja con su maestro en Perugia y en Florencia, después vino a realizar en su ciudad natal, en 1425, una de las primeras obras originales que se posea de él: una Virgen de la Misericordia, en la cual asoma ya su poderosa personalidad. En seguida va a Rimini a trabajar en el templo de los príncipes de Malatesta, y después emprende y concluye, en 1453 y 1469, los frescos de Arezzo, su obra capital. Entre este tiempo, se cree que fué a Roma, — pues las fechas que se poseen son inciertas, y en la ciudad eterna pinta para el papa Nicolás V dos frescos en la Estancia de los Sellos. Cincuenta años después debía ser sacrificado al genio irradiante de Rafael.

Después, hasta su muerte (1492), trabajará, sea en San Sepolcro o en las inmediaciones, ya en Urbino, donde se pueden ver pequeñas telas, infinitamente pre-



PIER DELLA FRANCESCA — "Lenda de la cruz" (Arezzo).

El tipo humano de Pier della Francesca es un gran cuerpo estable, casi petrificado, de las curvas lentas y que por su

La vida universal y los artistas

La vida, tomada en su sentido universal, no es la aplicación de tal o cual teoría humana o divina, es una creación; y esto lo hubiéramos dicho de buena gana si no temiésemos dar lugar a un malentendido con esa palabra. Comparando los pueblos creadores de su propia historia a los artistas, preguntáramos si los grandes poetas han esperado jamás que la ciencia descubriese las leyes de la creación poética para crear sus obras. ¿No han hecho Esquilo y Sófocles sus magníficas tragedias mucho antes de que Aristóteles hubiese calcado sobre sus obras mismas la primera estética? Shakespeare, ¿se ha dejado nunca inspirar por una teoría? Y Beethoven, ¿no amplió las bases del contrapunto por la creación de sus sinfonías? ¿Y qué sería de una obra de arte producida por los preceptos de la más bella estética del mundo? Una vez más: una cosa miserable. Pero los pueblos que crean su historia no son, probablemente, ni menos ricos de instintos, ni menos poderosos creadores, ni menos independientes que los señores sabios o artistas.

(Del libro en prensa: *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo*. — Tercer volumen de las Obras Completas de Miguel Bakunin. — Editorial LA PROTESTA).

ciosas y que anuncian, por la delicadeza unida a la densidad, las obras finales: dos obras de altares tan finamente pintadas como si fueran miniaturas, hallándose una en Londres y la otra en el Museo de Milán. Ciertos eruditos niegan que sean suyas, aunque sin ninguna causa fundamentada.

No es posible emprender, en pocas páginas, el estudio y la descripción de las obras de este maestro asombroso.

Está colocado en la gran línea de los compositores serenos, tranquilos, enemigos de los movimientos acentuados y que buscan en el estilo un acentuamiento de formas serias, dulces, equilibradas. Debe tener un sitio en la noble familia, en la cual figura Giotto y Masaccio, Giorgione y Rafael, Veermer y Poussin, Ingres y Chassériau, Corot y, puede ser, Puvis de Chavame y Gauguin. Está lejos de la pléyade atormentada, tenebrosa, que guía Miguel Angel y que tiene por capitanes a Tintoretto, Rembrandt y Delacroix.

estatura, su construcción, sus volúmenes acusados, hace pensar en unas arquitecturas vivientes. Esos cuerpos tranquilos y fuertes son, cuando están desnudos, o revestidos de amplios mantos, macizos, y los más de pío, evocan majestuosas e inquebrantables columnas. Sus rostros son redondos y despojados de todo accidente superfluo. Toda la importancia reside en la conformación de la cabeza. Las frentes bombeadas, las mejillas levemente curvas; las bocas turgentes, los párpados convexos y la mirada fija, atenta, apoyada de modo que comba los ojos salientes, que hacen pensar en las máscaras arcaicas. Se pueden aproximar curiosamente, algunos rostros de Piero, con los egipcios, chinos y ciertas máscaras negras o peruanas.

Nadie es menos sensible a la realidad anecdótica y particularizada, como él. Los seres humanos son para él casi signos, que emplea casi de una manera abstrac-

J. H. FABRE Y PASTEUR

ta, para elaborar combinaciones muy equilibradas de líneas y cuya contemplación poco a poco nos llena los ojos, luego el espíritu, de una serenidad poderosa, activa, noble y gravemente consciente. Ciertas figuras suyas, por ejemplo la Magdalena de Arezzo, el Hércules, exaltan sin afiebrar y nos hacen entrar en ese mundo superior del arte y del pensamiento enriquecido, y despojado de la poesía heroica, dantesca de la *La Escuela de Atenas* de Rafael.

Pero lo que le confiere a las obras de Piero della Francesca su atracción proliamente milagrosa es que en la historia de la pintura es una producción *vera* *lítica*, por así decirlo; es que a la ciencia profunda y adivinatoria de la línea y de la forma, se añaden los dones del colorista de una sorprendente modernidad. No es un colorista que procede por policromías, como el Veronés o Rubens, quienes buscan imponer una embriaguez parecida a la de las polifonías de una orquesta.

Fija los juegos delicados y sutiles de luz, no sobre el color, y sí sobre el matiz. No conoce la luz bruscamente contrastada que exige, para hacerla valer, la colaboración de las sombras; pero acude a la luz igual, que cae del cielo en nubes puras, y que vienen a acariciar suavemente, minuciosamente, formas sin aspereza alguna, las dulces e insensibles convexidades de las esteras. Bajo la luz reposada, marida el contorno y el modelado.

Puede ser que ni antes ni después nadie pintó de esa manera las cosas blancas: la lencería, las perlas, los aceros y las armaduras. Se podría llamar el blanco Piero, como se dice el verde veronés. Este blanco nunca es enteramente blanco y es susceptible de variaciones imperceptibles e infinitas. Esas armonías infinitesimales no son nunca banales ni soñás. Ejercen una seducción confidencial.

Para hablar de él, Bueckhardt emplea la palabra inimitable. En efecto, al artista de Arezzo, si nadie lo anunció hasta ahora, tampoco nadie pudo seguirle. Cosa curiosa, las analogías, las semejanzas que su arte esencialmente plástico, nos sugiere, no caen en los dominios de la pintura; se piensa antes que en esos afrescos y esos paneles en los que reina una



PIER DELLA FRANCESCA — "Lenda de la reina Saba y del rey Salomón" (Fragmento)

paz celestial o inmaculada, en ciertos productos naturales absolutamente independientes de las manos del hombre: perlas, algas marinas verdes, rubias o azules, rizadas por las olas y las arenas lisas y compactas de las playas. Ese arte tan sabio, tan clarovente, tan espiritualizado, solicita y obtiene del espectador una ingenuidad virginal.

Sin proceder como Angélico, por medios extrapictóricos, Piero della Francesca os llena de una emoción ultraterrenal, gracias al milagro puramente técnico de una materia que en sí misma encuentra su idealización.

J. L. VAUDOYER

Anatomía, teoría de los colores, ciencia perséptica. Asimilarle esos conocimientos según las capacidades de cada uno, es lo más cuerdo. Téngase en cuenta que Arte y Ciencia avanzan en dos líneas que no tienen punto de contacto, sino de llegada, quizás; y que asimismo el asía de nuestro instinto anhela conocer. Este punto en común es, como en las matemáticas, un punto sobre el infinito. Esto es, las dos rectas jamás se encontrarán.

Aquellos que en el año 1857 pudieron leer las dos memorias en los *Annales d'histoire naturelle* — la segunda serie de los *Recuerdos* — se dieron bien cuenta, que acababa de surgir un sabio excepcional. Ese naturalista, en efecto, sabía amar a la observación — para la cual tuvo asimismo sus grandes maestros (1) — la experimentación. Solamente leyendo esos "Recuerdos de un entomólogo" se podrá asociar la experiencia realizada en el laboratorio y la llevada a cabo en plena naturaleza. Podríase seguir así sus investigaciones, con sus éxitos y fracasos, que le fueron necesarios a Fabre para arribar a esclarecer esos problemas de psicología animal que el insecto le presentaba al sabio doblado de filósofo, en una palabra, al biólogo.

De la naturaleza, donde se mueven libremente los insectos, hacía su gabinete de trabajo, un verdadero laboratorio al aire libre. Provocaba los actos esenciales de sus vidas empleando los más sutiles artificios para hacerlos repetir tantas veces como le era necesario para conocer su interior mecanismo: la caza, sus presas, su aprovisionamiento, su fecundación y etc. Nada se le escapaba del proceso de sus acciones, a veces infinitamente complejas, como la de la progenitura, cuando ha de ponerla en contacto con la fuente de la vida.

En otras ocasiones esa progenitura, al contrario de hallarse limitada por su debilidad, había sido armada para alcanzar el alimento a través de mil dificultades que muestran al experimentador toda la serie de sus maravillosos actos de una seguridad infalible: actos y metamorfosis que no son más que adaptaciones sucesivas a las diversas circunstancias. No se sabe qué admirar mejor: si el genio del instinto que revela repentinamente el animal, o el genio del observador que se supera en su ingeniosidad, en su imaginación y en su perseverancia en el escrutinio de sus verificaciones.

Nada tiene de asombroso que el profesor de Aviñón le inspirase a los sabios que supieron descubrirle esa sorpresa conmovedora que se experimenta cuando se encuentra un genio. Lo que ya puede parecer más extraño, provocando un franco estupor, es la ignorancia y la indiferencia que continuaron rodeándole, en su ambiente inmediato, en el mismo liceo, donde él profesaba. Había sido elogiado con altura por Darwin, por Dufour (2) y por Milne Edwards. Ahora vemos cómo se comportaría con él el gran maestro Victor Duruy. No obstante, seguirá siendo siempre el famélico profesor de física, cargado de una familia numerosa, aislado, silencioso — salvo con sus alumnos — evitando toda ceremonia mundana oficial o de las otras, y asimismo, las visitas obligatorias, siempre y cuando podía encontrar una excusa para evitar el compromiso.

Rara vez perdona el mundo que se haga a menos de él. La gloria es una coque que quiere que se la busque, pero Fabre tenía otras preocupaciones. Para decir la verdad, eran dos: la ciencia, servida con el más noble desinterés, y el pan cotidiano para el hogar.

Más tarde, pensando en el largo séquito de esos años de apremiante carestía, de los cuales aun no se había librado y sólo pudo librarse definitivamente a la edad de 86 años — escribirá a propósito de un infatigable amasador de pildoras para su ería, el escarabajo, denominado Sísifo, recordando al de la mitología:

"Ese mito me complace vivamente. Es un poco la historia de todos nosotros, nosotros los odiosos malvados, dignos de tormentos eternos, pero gente de bien, laboriosa, útil al prójimo. Un solo crimen deben expiar: la pobreza. Durante casi un medio siglo dejé girone de mi carne en las aristas de la áspera cuesta; sudé mis médulas, agoté la sangre de mis venas, gasté sin calcular las reservas de mi energía, para hizar a lo alto, en lugar seguro, mi aplastante fardo, el pan de cada día: la lucha, el presupuesto medio equilibrado, he ahí que se deshace, se desliza, se precipita, se abisma. Recomienda de nuevo, pobre Sísifo, recomienza has-

ta la raíz, nuevamente, hasta que el bloque, precipitándose por última vez, te rompa la cabeza, liberándote para siempre" (3).

Hay que conocer este detalle para comprender que quizá no había leído los trabajos del genial entomólogo no podía ver más que el humilde profesor de física del liceo de Aviñón, y en consecuencia pasase al lado suyo sin advertir el resplandor del intelecto que emanaba de esa personalidad. Así le sucedió también con Pasteur, genio también él, gran genio, pero conocido, reverenciado, glorificado, justamente glorificado. Conmueve ver frente a frente a esos dos sabios, tan bien conformados para entenderse. Desgraciadamente, Pasteur, sentado confortablemente en la cómoda y justa gloria, no conocía al pobre y oscuro profesor y al sabio de gran magnitud, ignorando completamente quien era y lo qué valía en realidad.

Dejemos que hable Fabre. Escuchemos el relato que nos da de ese encuentro, que data de 1855, cuando Pasteur fué a informarse sobre la plaga del gusano de seda. Después del sucinto resumen de la entrevista sobre las enfermedades de esos insectos, durante la cual Pasteur confesó su perfecta ignorancia, añade:

"Genial luchador contra la plaga de los viveros de gusanos, acudía a la batalla corriendo, desnudo como los púgiles de la antigüedad, es decir desprovisto de la más simple noción acerca del insecto que se trataba de salvar. Me hallaba estupefacto, mejor dicho, me sentía maravillado.

Lo fui un poco menos después de lo que se sucedió. Una cuestión preocupaba a Pasteur: el mejoramiento de los vños por la calefacción. De repente, casi bruscamente, cambiando de conversación, me interpelló:

— Muéstreme su bodega. ¿Enseñarme mi bodega? Mi bodega, una solamente mía, yo, de mezquina apariencia, que en el pasado, con el irrisorio emolumento de profesor no podía permitirme el gasto de un poco de vino y fabricaba una suerte de agupapi, poniendo a fermentar un puñado de pasas y un par de docenas de manzanas mondadas! ¡Mi bodega! ¡Mostrar mi bodega, con mis tone-

les, mis botellas con telas de araña y polvo, etiquetadas según la edad y la calidad de la vendimia! ¡Mi bodega!

Contundido y embarazado, esquivaba la pregunta, buscando desviar la conversación. Pero él, con una rara tenacidad, insistía:

— Le ruego que me muestre su bodega. Ante tanta insistencia, no había más remedio que ceder. Con el dedo señalé, en una ranón de la cocina, una damajuana, sobre una silla de paja:

— He allí mi bodega, señor!
— ¿Esa es su bodega?
— Sí, eso es todo. No tengo otra.
— ¡Si; ¿es todo?
— Helás... sí, todo.
— ¡Ah!

Ni una palabra más; nada de parte del sabio. Pasteur, eso se veía muy bien, no podía conocer ese plato fuerte de especial que popularmente se llama la *vache enragée*, (modismo francés intraducible que entendería expresar algo así como miseria en extremo). Si mi bodega, la vieja silla y la damajuana, sonaban a vacío, callándose sobre los fermentos combatidos por la calefacción, hablaba de otra cosa que mi ilustrado visitante pareció no comprender. Un mi crobio se le escapaba: aquel de la mala suerte, la pobreza, la miseria, estrangulando la buena voluntad" (Traducido: L. H. Fabre por Henri HOLLARD, biografía de reciente aparición, de la que ya dimos un capítulo precedente, en un número del Suplemento; y que seguirán reproduciéndose según el mayor o menor interés que posea cada uno de ellos, que más se adapte para una labor divulgadora).

(1) El verdadero predecesor de Fabre fué Réaumur, quien vivió unos cien años antes que él.

(2) León Dufour, médico y entomólogo, notable observador de las costumbres de los insectos, y que por la lectura de uno de sus trabajos, Fabre tuvo la visión del camino vocacional que debería emprender, quedando este inesperado hallazgo como uno de los acontecimientos de su vida más honda en su existencia.

Años después, León Dufour se hizo uno de sus grandes admiradores y defensor de sus hipótesis y descubrimientos y del cuerpo de su doctrina científica, aunque Fabre no se propusiera precisamente eso.

(3) J. H. *Souvenir entomologique* (6.a serie, capt. 1) Edición definitiva e ilustrada.

La conjugación del verbo "gobernar" en los períodos de reacción

¡Oh, cuán dulce y fácil será gobernar cuando nuestros "grandes estadistas" tengan a su disposición leyes de excepción! La conjugación del verbo gobernar se hará como describe el último número del periódico humorístico "Wespeu":

1.—**Presente:** Yo ordeno, tu confiscas, él arresta; nosotros encareclamos, vosotros condenáis, ellos prohíben.

2.—**Imperfecto:** Yo disolví, tu clausuraste, él acusó, nosotros hemos confiscado, vosotros habéis cerrado el sindicato, ellos han expulsado.

3.—**Perfecto:** Yo he deshecho la composición, tu has confiscado las formas, él ha inutilizado los clichés, nosotros hemos impedido la circulación, vosotros habéis rechazado las reclamaciones, ellos han confirmado las medidas tomadas.

4.—**Pluscuamperfecto:** Yo había dispuesto la policía, tu habías confiscado provisoriamente, él había prohibido una colecta, nosotros no habíamos investigado mucho, vosotros habíais hecho un rápido proceso, ellos habían medido a todos con un mismo rasero..

5.—**Futuro:** Yo protegeré el Estado, tu salvarás la sociedad, él echará mano al sujeto, nosotros ampliaremos el ministerio para las asociaciones y la prensa, vosotros confiscaréis los fondos de las sociedades obreras, ellos los dedicarán a la caja de pobres de la localidad.

6.—**Imperativo:** ¡Detén la ruina! ¡Intervenid! ¡No valéis!

7.—**Participio:** ¡Salvad! ¡Ajusticiad!
(De la "Berliner Freie Press", agosto de 1878, antes de la ley contra los socialistas en Alemania).

La religión de la utopía.-Tolstoy y Gorki

Según una información esbozada, Gorky habría abandonado su posición intelectual de humanista revolucionario y ateo, por la conversión a las ideas religiosas. En su refugio de Capri se llamó a un pope para bautizar a uno de sus vástagos, no se sabe si de poca o mucha edad. De pronto, la lectura nada nos sugirió, no obstante la sorpresa que nos causara. Lejos estábamos de imaginar que el autor rebelde de los *Er Hombres* pudiese retroceder sobre sus pasos y sufrir un cambio tan brusco en sus primitivos sentimientos. Porque en estas cuestiones de cultos y fetiches, poco o nada se debe nombrar a la razón. Ella, la pobrecita, apenas si podrá desempeñar el papel de mudo testigo.

Existía, además, otro motivo para que nuestra atención no se detuviera a reflexionar en esa escueta noticia: la duda que fuese fidedigna.

Luego, leyendo quizás por décima vez ese breve cuaderno *Riminskianas accoras de Tolstoy*, traducido directamente del ruso al inglés por Koteliensky y Leonard Woolf, y más tarde vertido al castellano en la revista *España*, hemos encontrado al final una conversación entre Gorky y el genio de Yasnaia Poliana, donde se discute precisamente la fe religiosa y la creencia en un dios. Nos pareció que en ese breve diálogo había palabras que podrían iluminar, hacer posible esta conversión y quizás hasta explicarla.

Desgraciadamente no poseemos más que el texto inglés y la traducción de ciertos giros y modismos no es lo más fácil para trasponerlos en castellano, conservando su pristino sabor.

Ambos escritores, con Suler, íntimo amigo de los dos, se hallaban en Crimea veraneando y convalenciando. Paseaban apaciblemente por un bosque que bordeaba el mar, y conversaban. Tolstoy habla: se dirige a Gorky:

—Ahora cuéntenme una historia. ¡Sabe contarlas tan bien! Algo sobre los niños o acerca de su infancia. No es muy fácil creer que usted fuese niño alguna vez. Es usted una criatura extraña, exactamente como si hubiese nacido ya adulto. En sus ideas hay mucho de ingenuidad, de infantil, o más bien algo de inmaduro, pero conoce bastante sobre la vida y nadie tampoco puede pedirle más. Bueno, cuéntenme una historia...



de Tolstoy.

Y se sentó sobre las desnudas raíces de un pino, mientras contemplaba el tráfico de las hormigas moviéndose diligentes entre las briznas de las matas de gramínea. Hubo una larga pausa. De pronto, como si quisiera propinarle un puñetazo, me preguntó:

—¿Por qué no cree en Dios?
—Es que no tengo fe, Leo Nicolayevitch.

—No es verdad. Por naturaleza es usted un creyente y no podrá andar mucho sin acudir a Dios. Lo comprobó algún día. Su descreimiento proviene de su obstinación por haber sido herido profundamente: el mundo no es como usted quisiera que fuese. Existen otras personas que no creen por timidez, por cortadía de espíritu; lo mismo les sucede a los jóvenes; adoran una mujer, pero no desean demostrárselo por el temor de no ser comprendidos, y también porque carecen de valor. La fe, lo mismo que el amor, requiere coraje y audacia. Uno debe decirse *yo creo*,

y todas las cosas toman un curso natural, apareciendo ante nuestros ojos como las quisieramos, revelándonos, descubriéndonos a nosotros mismos y atrayéndonos incontestablemente.

Ahora, que usted ha sabido amar intensamente, y la fe no es más que un gran amor. Debe amar todavía más, y entonces este sentimiento se tornará en fe. Cuando se ama a una mujer, infaliblemente es la más buena y la más bella del mundo; y cada uno ama a la mujer más buena y bella del mundo, y eso es lo que constituye la esencia de la fe.

Un descreído, en cambio, es incapaz de un gran amor y hasta de amar: hoy se preñará de una mujer, y al año siguiente, si no antes, de otra. El alma de semejante hombre es de las almas astrosas, vagabundas que van viviendo vidas estériles.

Pero usted no. Es un creyente innato, y es inútil que continúe torturándose, yendo contra sus verdaderos sentimientos. Usted podrá decirme que ama la belleza. ¿Qué es la belleza? La más elevada y perfecta se encuentra en Dios.

Era muy difícil que llegara a hablarme sobre este asunto de Dios y de religión, y el tono de seriedad repentina me sobrecogió tanto que me dejó en silencio. Permanecí un largo rato callado.

El se hallaba sentado sobre esas raíces desnudas, con sus piernas en cucullas, y luego sonrió triunfalmente y apuñetando su dedo hacia mí, me dijo:

—¿A que no es capaz de romper ese silencio... ¿A que no?

Y yo, que no creo en Dios, lo miré cautelosa y tímida, y me dije: ¿Por qué no sé por cuales razones y mirándole fui pensando:

—El hombre tiene algo de Dios.

Hasta aquí la prosa de Gorky, cuya versión, si no resultó fielmente literaria, hemos procurado de conservar la esencia de sus ideas como trato de expresarlas. Lo que era importante.

Se ha de constatar que la desilusionadora profecía de Tolstoy, gran catador de caracteres y de atisbos introspectivos, pronunciada hace unos veinte años y quizás más, al cabo vino a cumplirse con la fatalidad que cae a la piedra lanzada al vacío. Nos explicamos claramente la fuga del anciano pensador en el desesperado anhelo de evadirse de una vida social que se repugnaba profundamente para vivir otra vida acordada con su predica, y no esta extemporánea conversión del escritor ruso. Ella ha de ser cierta y acacia.

¿Cómo explicarse estos fenómenos psicológicos y sentimentales en estos viejos luchadores, tras de una brega tan valiente? ¿Será la debilidad inherente a la edad avanzada? ¿Cansancio de los antiguos ideales, que ya no logran avivar los rescoldos de una fe semi apagada?

¿Pero cómo creer en un Dios, depositar lo mejor de uno mismo en una entelequia supraterrrenal, en un supremo director cuya batuta desencadena tantos males y, si no es causa directa de ellos, los mira con fría y burguesa impasibilidad? Es demasiado grosero el infundido para poderlo trasegar con toda calma. Hasta ahora los dioses que inventaron los hombres fueron a su imagen y semejanza: vengativos, odiosos, autoritarios, con una bondad que escancian con cuentagotas, de rramádose sobre los más obedientes y serviles. ¿Cómo una personalidad tan compleja y de una fortaleza única, como la que se desprende de sus libros, pudo adorar y apearse a un dios cual nos lo pinta el catecismo cristiano? Es que en nuestros libros proyectamos lo que quisieramos ser y no lo que en realidad somos.

Es lo inexplicable. ¿Acaso no es más racional, más indeciblemente bella, más noble y reconfortadora la religión de la utopía, la creencia en un hombre infinitamente superior en su plena virilidad e inteligencia, y trabajar para su lejanísimo advenimiento?

Este ensueño es mucho más embriagador que las religiones terrenales y prosaicas que nos han tocado en suerte. Y

este ideal, ensueño, utopía o lo que sea, hace vibrar las fibras del misticismo innato que toda criatura contiene en sí como su tesoro más preciado. Bastaría afínarse, descubrirse a cada individuo, para que considerara burda toda otra creencia simbolizada en imágenes de palo y cera, inertes chirimboles de un fetichismo peor que el de los salvajes.

No le inferimos el insulto a Gorky de no creer en la sinceridad de su conversión; pero sí permitásemos creer que entre las sinceridades hay también calidad, las videntes y las cadavéricas; unas engendran la vida, las otras dejan tras de sí miasmas letales; son sembradoras de innumerables muertes, bajo sus credos de conformidad y resignación y un amor hacia un pasado fenecido, que intenta resucitarlo, sin lograr que vegete nada más que la materia.

¿Es hacia esa religión que se inclinó Gorky en una oración interminable para pedir bienes de ultratumba?

Esperemos que una próxima obra suya nos revele la verdad de lo acontecido, y sepamos, si la profecía del taumaturgo de Yasnaia Poliana—quien fué creyente menos por fe que por convicción de que se le debía imponer una doctrina de fraternidad al mundo—ha sido cumplida de una vez.

Entonces podremos juzgar con conocimiento de causa y explicarnos los detalles que ha de recorrer el sentir de un hombre para renegar del patrimonio más precioso: la libertad anímica, del sentimiento y de la razón que sólo halla su ulterior perfeccionamiento en un constante devenir, en las religiones por crearse, la religión de la eterna utopía. — A.

Las consecuencias de la guerra

La figura principal, Marte, quien saliendo del templo de Juno — según la costumbre romana estaba cerrado en tiempo de paz — se abalanza con el escudo y la espada ensangrentados, amenazando al pueblo con las mayores calamidades. El dios de la guerra no se cuida de Venus, que rodeada de Amores, se esfuerza, con besos y caricias, por retenerlo.

Por el otro lado, Marte es atraído hacia adelante por la furia de Alecto, quien empuña una antorcha.

Aquella mujer vestida de negro, con el velo desgarrado y desnuda de todo ornamento, es la desgraciada Europa, que desde hace años está sufriendo los mayores ultrajes, devastaciones, hambre y miseria por causa del azote de las guerras.

PABLO RUBENS

Anversa, 12 de marzo de 1638.

Vergüenzas contemporáneas

La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(Conclusión)

Los niños sexualmente enfermos no pueden quedar en la escuela y en locales limitados, especialmente cuando existen allí más niños, ni tampoco en el domicilio; deben ser tratados en el hospital mientras puedan convertirse en portadores de la enfermedad para otros. Por desgracia, en Berlín sólo hay un departamento especial, el Kinderheilstal Buch.

En este momento (abril de 1925), en la sección para la gonorrea de ese hospital hay 56 niños, según me ha comunicado antes de ayer el Dr. Rosenstern, dos seguramente y otros 2 probablemente infectados por contacto sexual especial. De los otros 52 niños, 21 habrían sido infectados en la familia; de los 21 han dormido solos 11, y 10 han compartido la cama con otros miembros de la familia.

El consejero municipal del grupo administrativo III de la ciudad de Viena, me informa el 30 de marzo de 1925:

De los 130 niños que se encuentran actualmente en tratamiento, 60 casos son sus lues congénita y 70 gonorrea adquirida. Entre los últimos se establecieron 24 casos, es decir un 34 por ciento, en que los niños dormían en una misma cama con sus padres enfermos o con sus hermanos.

Ustedes ven cuán justa es la demanda: Retirar de la familia los niños sexualmente enfermos.

También debe tenerse en cuenta el tratamiento terapéutico posterior. Hoy es tratada sólo una pequeña parte de los niños sexualmente enfermos cuya elección depende del azar.

Como fuente de infección es nombrado siempre el W. C. común en las escuelas, que en su tiempo ha originado en Hannover una epidemia en niñas de 6 y 7 años. Ese W. C. había sido infectado por soldados que habían sido alojados en el

edificio de la escuela. Recuerden ustedes los números de Kohn sobre el W. C. en los cuarteles de inquilinos de Berlín.

El doctor Langer califica los cuarteles de inquilinos como lugares ideales de cultivo de las enfermedades sexuales, los cuarteles de inquilinos donde los niños duermen en una misma cama con los adultos y en donde las hijas de diez y doce años son acostadas con los subinquilinos por falta de espacio, como se deduce de las declaraciones infantiles ante los tribunales.

La miseria de la habitación crea niños que buscan prematuramente el contacto sexual. Langer conoce una larga serie de casos en que niñas de 12 y 13 años se venden a escolares y en parte los infectaron. Se recuerda de un caso de su propia práctica médica en que una niña de 11 años que había sido violada previamente y había adquirido gonorrea, estuvo con 20 jóvenes.

En la sociedad alemana para el tratamiento de los psicópatas juveniles, comunicó el Dr. Gumpert en noviembre de 1924 un número de casos observados en la sección dermatológica del hospital Virchow en el transcurso de 1924.

De ellos doy sólo siete casos, y eso en el estilo laconico de los expedientes que se usa allí:

2. L. Ll., 7 años, padre muerto, 2 hermanas, una hermana de 13 años con la cual duerme. La familia habita un cuarto y cocina. El cuarto es alquilado, el subinquilino abusó de la niña y "a" infestó.

3. Erna I., 10 años, la madre divorciada, vive con otro hombre, sin trabajo. La familia habita un solo cuarto. Una hermana de 8 años, con la cual duerme. La paciente ha sido violada por el "tío" que habita en la casa e infestada.

4. Erna F., 11 años, padre obrero, hermano de 17 años. La familia vive en un cuarto y cocina. Un amigo del hermano

violó a la niña hace diez días. La paciente tiene relaciones sexuales con el hermano, el hermano con la madre.

5. Lotte R., 9 años. Padre muerto, los hermanos no habitan en la casa; cuarto y cocina. La paciente ha sido violada por el sub-inquilino de 48 años e infestada.

7. Hilda G., 11 años. Padre sin trabajo, cuatro hermanos. La familia habita en un cuarto solamente, la madre ha sido infestada hace dos años por el marido. Sus cuatro hijos, que duermen en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, están infestados.

9. Hans S., 10 años, gonorrea. Del informe del médico escolar se hace resaltar: el padre ha ganado siempre, pero da poco dinero a la casa. La madre murió hace 14 días de tuberculosis. Ocho hijos, de los cuales algunos trabajan, espantosamente en la miseria. En dos muchachas (de 14 y de 8 años) han sido encontrados gonococos positivos. Toda la familia viste haraposo. Vive en un domicilio compuesto de habitación y cocina. Dos camas, una cama infantil sin ropa alguna. En esas tres camas duermen 9-10 personas, entre ellas la madre tuberculosa hasta su muerte y los tres niños gonorreicos.

11. Else R., 13 años, tres hermanas, tres hermanos. La familia dispone de dos habitaciones. La paciente ha sido supuestamente infestada en la escuela por una amiga. Tiene un hermano de 11 años infestado, que muestra igualmente signos sifilíticos.

En total, observa Gumpert, en el curso de 1924 hemos observado unos 50 casos por el estilo, atribuidos a violación, incesto, infección familiar o relaciones sexuales entre los niños.

Lo poco que conocen, incluso los círculos profesionales, esas condiciones lo demuestra la comunicación de Gumpert, que asombró enormemente a médicos dermatológicos cuando conocieron las proporciones y los tristes detalles de ese material. También los círculos de la beneficencia

pública fueron hallados en casi desconocimiento completo de esas causas, así como del curso y del tratamiento de las enfermedades sexuales en los niños; esto sin hablar de la incompreensión de los pacientes. Exhorta, por tanto, a ensanchar esa misión de la salubridad más allá del horizonte puramente médico, para que abarque a todos los que quieren cooperar, por razones pedagógicas, social-políticas o simplemente humanas.

Según un informe del comisario de policía Müller, los delitos contra la moralidad aumentaron un 60 por ciento en 1924 en comparación con el año anterior. La previsora de la oficina juvenil central de la ciudad de Berlín, Charlotte Meyer, informa en la "Revista para la ciencia del derecho penal" (Vol. 45) que la oficina juvenil central en el período de febrero de 1922 hasta marzo de 1924 (es decir en dos años) ha tomado conocimiento de 25 casos de delitos contra la moralidad y en el período del primero de marzo de 1924 al 15 de julio del mismo año se ocupó de 34 casos. Indudablemente hay que calcular un número considerablemente mayor de tales delitos en los tribunales, pasando por alto los numerosos casos que pasan desapercibidos o que no son dados a conocer a las autoridades.

Y en la mayoría de los casos han sido complicados varios niños. Charlotte Meyer publica una estadística de 46 casos en que se abusó de 71 niñas y de 16 muchachos de 5 a 16 años. Los malhechores suelen ser los padres, los padrastros, los amantes de la madre, los subinquilinos. En parte los autores de esos delitos y los niños vivían juntos.

Charlotte Meyer se ocupa hondamente desde el punto de vista psicológico, de las víctimas de esos delitos y llega a la conclusión que la estructura mental de esos niños se explica por las condiciones generales de la sociedad. En los casos investigados por ella reaparece la miseria de la habitación. Doy unos casos solamente del material de Meyer, como prueba:

3. Ottilie K., nacida fuera del matrimonio

Errico Malatesta

(4)



EN EL CAFÉ

Jorge. —Escuche, si fuese verdad que el derecho, la justicia, la moral exigieran y consagraran la opresión y la infelicidad, aunque fuera de un solo ser humano, le diría de inmediato, que derecho, justicia, moral, no son más que mentiras, armas infames forjadas para la defensa de los privilegiados; y tales han sido cuando se entienden como usted las entiende.

Derecho, justicia, moral deben tender al máximo bienestar posible de todos, o de otro modo son sinónimos de prepotencia y de injusticia. Y es tan cierto que este concepto responde a la necesidad de la existencia y del desarrollo del consorcio humano, que se ha formado y persiste en la conciencia humana y va adquiriendo cada vez más fuerza a pesar de todos los esfuerzos en contra de aquellos que hasta ahora gobernaron el mundo.

Usted mismo no podrá defender más que con pobres sofismas las presentes instituciones sociales con los principios de la moral y de la justicia como usted los entiende cuando habla abstractamente.

Ambrosio. —Usted es ciertamente muy presuntuoso. No le basta negar, como me parece que hace, el derecho de propiedad; pretende que nosotros somos incapaces de defenderlo con nuestros propios principios...

Jorge. —Justamente. Si quiere se lo demostraré a su próxima vez.

V

Jorge. —Por tanto, señor magistrado, si no me engaño, quedábamos en la cuestión del derecho de propiedad. Ambrosio. —Efectivamente. Y siento verdadera en-

riedad por oírle defender en nombre de la justicia y del derecho sus propósitos de expoliación y de rapiña.

Una sociedad en que nadie estuviera seguro de lo suyo, no sería ya una sociedad, sino una horda de lobos dispuestos siempre a devorarse entre sí.

Jorge. —¿Y no le parece que sea eso propiamente el caso de la sociedad actual?

Usted nos acusa de querer la expoliación y la rapiña; pero al contrario, ¿no son los propietarios los que expolian continuamente a los trabajadores y les arrebatan el fruto de su trabajo?

Ambrosio. —Los propietarios emplean sus bienes como mejor les parece y tienen el derecho de hacerlo, del mismo modo que los trabajadores disponen libremente de sus brazos. Patrones y obreros contratan libremente el precio de la obra y cuando el contrato no es violado, ninguno tiene derecho a quejarse.

La caridad podrá aliviar los dolores demasiado agudos, los sufrimientos inmerecidos, pero el derecho debe permanecer intangible.

Jorge. —¿Pero qué dice usted de contrato libre! Si el obrero no trabaja no come, y su libertad se parece a la del viajero asaltado por los ladrones, que da la bolsa para que no le quiten la vida.

Ambrosio. —Admitámoslo; pero no por eso puede negar el derecho a cada cual de disponer de lo suyo como le plazca.

Jorge. —¿Lo suyo, lo suyo! Pero, ¿cómo y por qué puede decir el propietario agrícola que la tierra y los productos son suyos y cómo puede llamar bienes suyos el capitalista a los instrumentos de trabajo y a los demás capitales creados por la actividad humana?

Ambrosio. —La ley les reconoce el derecho.

Jorge. —Ah, si no es más que la ley, entonces también el bandolero de los caminos podría sostener el derecho a asesinar y a robar: no tendría más que formular algunos artículos de ley que le reconociesen ese derecho. Y por lo demás, eso es precisamente lo que han hecho las clases dominantes: o han hecho la ley para consagrar las usurpaciones ya perpetradas, o la han hecho como medio para usurpaciones nuevas.

Si todos sus "supremos principios" están fundados en los códigos, bastará mañana que una ley decreta la abolición de la propiedad privada, y lo que usted llama rapiña y expoliación se convertirá repentinamente en un "principio supremo".

Ambrosio. —¿Oh, pero la ley debe ser justa! debe conformarse con los principios del derecho y de la moral y no ser simplemente el efecto del capricho desenfrenado, de otro modo...

Jorge. —Por lo tanto no es la ley la que crea el derecho, sino el derecho el que justifica la ley. Y entonces,

¿cuál es el derecho según el que toda la riqueza existente, tanto la natural como la creada por el trabajo del hombre, pertenece a pocos individuos y les da derecho de vida y de muerte sobre la masa de los desheredados?

Ambrosio. —Es el derecho que tiene, que debe tener todo hombre a disponer libremente del producto de su actividad. Es un sentimiento natural del hombre, sin el cual no habría sido posible civilización alguna.

Jorge. —¿Hola! he aquí cómo se convierte en defensor de los derechos del trabajo. ¡Muy bien! pero dígame ahora, ¿cómo es que aquellos que trabajan son los que no tienen nada, mientras que la propiedad pertenece precisamente a los que no trabajan?

¿No le parece que el resultado lógico de su teoría sería que los actuales propietarios son los ladrones, y que, en justicia, sería necesario expropiarlos para devolver las riquezas usurpadas a sus legítimos propietarios, los trabajadores?

Ambrosio. —Si hay propietarios que no trabajan es porque han trabajado antes, ellos o sus antepasados, y tuvieron la virtud de ahorrar y el ingenio de hacer fructificar sus ahorros.

Jorge. —¿Sí, imagínese usted un trabajador, que en general apenas gana para sostenerse en pie, ahorrando y amontonando riquezas!

Usted sabe bien que los verdaderos orígenes de la propiedad están en la violencia, en la rapiña, el robo legal o ilegal. Pero admitamos que uno haya hecho economías sobre el producto de su trabajo, de su propio trabajo personal: si las quiere disfrutar más tarde, cuando y cómo le parezca, no hay nada que objetar. Pero la cosa cambia completamente de aspecto cuando comienza lo que usted llama hacer fructificar los ahorros. Eso significa hacer trabajar a los demás y robarles una parte de su trabajo; significa acaparar mercederías y venderlas más caras de lo que cuestan; significa crear artificialmente la carestía para especular sobre ella; significa quitar a los otros los medios para vivir trabajando libremente a fin de obligarles luego a trabajar por un salario mezquino, y tantas otras cosas semejantes que no corresponden ya al sentimiento de justicia y que demuestran que la propiedad, cuando no deriva de la rapiña franca y abierta, deriva del trabajo de los demás, que los propietarios han hecho girar de un modo u otro en su propio beneficio.

¿Le parece a usted justo que un hombre que, concedámoslo, con su trabajo y con su ingenio ha reunido un poco de capital, pueda después robar a los otros los productos de su trabajo y además asociar a todas las generaciones de sus descendientes el derecho a vivir ociosas sobre las espaldas de los trabajadores?

que atribuiría a que el instinto sexual, una vez despertado, y excitado, tiende a aumentar hasta su satisfacción y en el estado de borrachera se conserva vivaz.
En la estrechez y la superpoblación de la vivienda proletaria, el bebedor se convierte en la hiena que cae artemente sobre las víctimas del cuartel de inquilinos, paralizadas en su fuerza de resistencia por condiciones de vida que matan todo sentimiento de rubor y que corrompen los hábitos morales.

Si dada la falta actual de viviendas, no podemos despoblar ya los cuarteles de inquilinos, debemos, al menos, combatir el alcoholismo, para expulsarlo de la vivienda proletaria.

Veamos retrospectivamente el material expuesto: vemos amontonados hombres en viviendas insanas, viejas, y esos hombres son predisuestos por su situación a los desvíos morales que a consecuencia de la estrechez de la vivienda son enormemente peligrosos en sus consecuencias. Hemos reconocido la miseria de la habitación como una fuente apastada de plagas para el cuerpo y para el alma del pueblo.

La penuria de la habitación disminuye las zonas de defensa en muchos casos hasta el extremo. Diversos miembros de la familia duermen en una cama; la hija de diez y seis años duerme entre el padre y la madre en una misma cama; Hans y Henting da cuenta de un caso parecido en relación con una estadística sobre los delitos de incesto: según la estadística de éste, que abarca 95 casos, el lugar del incesto en la habitación, en especial el dormitorio en 73 casos, la cocina en 5, el bosque en 4, el establo en 2, el sótano, el taller, la buhardilla, la taberna, los viajes, el jardín, la carretera, etc., en una vez cada una.

El señor von Henting observa: "En el dormitorio debemos suponer casi siempre penuria de espacio, pues sólo en la mayor estrechez podría pasar desapercibido el

delito para la madre u otros miembros de la familia."

Creo haberles hecho comprender en mi conferencia la urgencia de combatir la penuria de la habitación, pues apenas habría una tarea social más apremiante para nuestro pueblo y nuestros gobiernos.

Hemos visto que la miseria de la habitación no ha surgido de la guerra o de la revolución, sino que es una vieja pena, causada por nuestro orden social al revés, ante todo porque la tierra, que necesitamos ineludiblemente para poder vivir, y que no puede acrecentarse a voluntad, lleva en sí el carácter de monopolio y sin embargo es negociada, como cualquier artículo producible a voluntad.

Las condiciones urbanas de la vivienda están dadas por el orden de edificación de la comuna, por los principios político-agrararios y la práctica comunal. Los consejos deliberantes y parlamentos provinciales, así como los órganos de administración estatal y comunal son los creadores de las leyes referentes a la comuna. Pero en última instancia, deciden abierta o simuladamente en las corporaciones legislativas los propósitos del capital financiero y terrícola.

El cuartel berlinés de inquilinos es, por ejemplo, el producto esencial del viejo plan de edificación de 1858. Entonces se eligieron diputados al parlamento provincial en base a un sistema electoral, sobre el cual el propio *Kreuzzeitung* escribió el 18 de abril de 1866: que no "testimonian otra cosa que la representación del capital financiero con la apariencia mentirosa de ser una representación de todo el pueblo"; — la "formación de una moderna aristocracia del dinero" significa "que todo lo elevado y lo noble es hundido en el polvo del más vulgar materialismo". El sistema electoral de entonces contenía todavía el privilegio de los propietarios de casas, según el cual la mitad de los puestos de concejal eran reservados a los caseros, es decir se ase-

guraba la mayoría a aquellos partidos que estaban interesados contra el interés público en los altos alquileres (que significaban también un alto precio de la tierra), en la edificación elevada, en los cuarteles de inquilinos, es decir en el aprovechamiento inescrupuloso más rentable posible de la tierra y en la lenta ampliación de las ciudades, es decir en la más grande densidad de la población, en el agudizamiento de la demanda de viviendas. Llevaría muy lejos la demostración con ejemplos del sistema de corrupción de entonces.

La tierra no debe abandonarse a particulares como objeto comercial privado. No puede quitarse sencillamente a los propietarios que la adquirieron de una manera judicialmente inobjetable, pero el Estado puede forzar económicamente a los propietarios de tierra, por medio de impuestos, a que sometan su tierra a la finalidad social natural (1).

Estos días me decía el propietario de algunos cuarteles proletarios de inquilinos: "Para mí es completamente igual si tengo en mis casas viviendas para hombres o chiqueros, siempre que sea indemnizado debidamente". Esa expresión aclara meridianamente la situación...

VICTOR NOACK

(1) *Al transcribir documentos como estos, naturalmente, pasamos por alto las partes en que los autores insinúan medidas para remediar el mal descrito; nuestros lectores harán seguramente lo mismo, pues nosotros no sólo rechazamos fundamentalmente la intervención del Estado en la vida social, sino que combatimos la institución misma del Estado.*

N. de R.

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

BIBLIOGRAFIA

"Almanaque A Batalha" — porta voz da organizacao operaria portuguesa.

Es un volumen bien presentado tipográficamente, y de texto variadísimo. Su sumario nos dará una idea aproximada de la riqueza de información y de sus relatos, sus divulgaciones de conocimientos científicos, históricos, literarios: Almanaque o Calendario del año, con el detalle de todos los meses; datos para la historia del movimiento sindicalista de Portugal; resumen diario de hechos notables de la vida obrera; militantes y propagandistas muertos; ciencia, sociología, arte, literatura y crítica; curiosidades históricas y científicas; anécdotas, pensamientos; organizaciones sindicalistas; legislación obrera; direcciones de las organizaciones obreras nacionales.

Está ilustrado con grabados que aluden en su mayoría a las gestas revolucionarias del proletariado portugués, y a los hechos vandálicos cometidos contra el local de "A Batalha" con el empastelamiento de su imprenta — sucesos ocurridos hace algunos años. También trae la lista de toda la prensa social-anarquista y sindicalista que ve la luz pública en Lisboa.

Aprender bajo la dirección de un maestro, me fué rehusado. Sin embargo haría muy mal quejándome de ello. El estudio solitario tiene también su valor. No nos obliga a moldearnos con el troquel oficial; deja intacta nuestra originalidad. El fruto silvestre, cuando llega a su plena madurez, posee otro sabor que el que producen las tierras de los invernaderos.
J. H. FABRE

¿Le parece justo que porque haya habido unos pocos hombres laboriosos y económicos — hablo así para ponerme en su manera de ver — que han acumulado capital, la gran masa de la humanidad deba ser condenada a la perpetua miseria y al embrutecimiento?

Y por otra parte, aun cuando uno haya trabajado por sí mismo, con sus músculos y su cerebro, sin explotar a nadie; aun cuando contra toda posibilidad concebible hubiese uno podido producir mucho más de lo que le es necesario, sin el concurso directo o indirecto de toda la sociedad, no podría por eso ser autorizado para causar mal a los demás, para quitarles los medios de vida. Si alguien hiciera un camino a lo largo del litoral no podría reivindicar por eso el derecho a impedir a los otros el acceso al mar. Si alguien pudiese desmontar y cultivar por sí solo todo el territorio de una provincia, no podría por eso pretender condenar al hambre a todos los habitantes de la provincia. Si uno hubiese creado nuevos y poderosos medios de producción, no tendría derecho a usar de su invención de modo para someter a los hombres a su dominio y menos aún el de asociar a toda la serie infinita de sus descendientes el derecho a dominar y explotar las generaciones futuras.

Pero, ¿cómo suponer, aunque sólo sea un instante, que los propietarios son los trabajadores o descendientes de trabajadores? ¿Quiere usted que le cuente los orígenes de la riqueza de todos los señores de nuestra comuna, tanto de los nobles de vieja estirpe como de los comandadores recién enriquecidos?

Ambrosio. —No, no, por favor, dejemos a un lado las cuestiones personales.

Si hay riquezas mal adquiridas, no es esa una razón para negar el derecho de propiedad. Lo pasado, pasado y de nada sirve remover los vicios originales.

Jorge. —No los removamos si así lo desea. Para mí la cosa no tiene importancia. La propiedad individual debe ser abolida, no sólo porque puede haber sido más o menos mal adquirida, sino porque da el derecho y los medios de explotar el trabajo ajeno y, desarrollándose, acaba siempre por poner la gran masa de los hombres bajo la dependencia de unos pocos.

Pero, a propósito, ¿cómo puede justificar usted la propiedad individual de la tierra con su teoría del ahorro? De ella no puede decirse que ha sido producida por el trabajo de los propietarios o de sus antepasados!

Ambrosio. —He aquí la cuestión. La tierra inculca, estéril, no tiene valor. El hombre la ocupa, la abona, la hace fructífera, y naturalmente tiene derecho a los frutos que sin su obra no habría producido la tierra.

Jorge. —Perfectamente: ese es el derecho de los trabajadores a los frutos de su trabajo; pero ese derecho cesa apenas cesan de cultivar la tierra. ¿No le parece?

Ahora bien, ¿cómo es que los propietarios actuales poseen territorios a menudo inmensos, que no trabajan ellos mismos, que no han trabajado nunca y que, a menudo, no hacen siquiera trabajar a los otros? ¿Cómo es que pertenecen a personas privadas tierras que jamás fueron cultivadas? ¿Cuál es el trabajo, cuál es la mejora que puede haber dado origen, en tal caso, al derecho de propiedad?

La verdad es que para la tierra, como para lo demás, y más todavía, el origen de la propiedad es la violencia. Y usted no logrará justificarla si no es aceptando el principio de que el derecho es la fuerza, en cuyo caso... ¡ay de ustedes si un día son los más débiles!

Ambrosio. —Pero en suma, usted pierde de vista la utilidad social, las necesidades inherentes al consorcio civil. Sin el derecho de propiedad no habría seguridad ni trabajo ordenado; y la sociedad se disolvería en el caos.

Jorge. —¿Cómo! ¿ahora habla de utilidad social? ¿Pero si en nuestras primeras conversaciones yo no me ocupaba más que de los males que la propiedad privada produce, y usted me recordó la cuestión del derecho abstracto!

Pero basta por esta noche. Descúlpeme, debo marchar. Volveremos a hablar.

VI

Jorge. —Y bien, ¿han visto lo que ha sucedido? Alguien comunicó a un periódico la conversación que tuvimos la vez pasada, y por haberla publicado, aquel periódico ha sido secuestrado (1).

Ambrosio. —¡Ah!

Jorge. —No, usted no sabe nada, claro está... No comprendo cómo puede pretender tener razón cuando tiene tanto miedo de que el público oiga discutir sobre sus ideas. En aquel periódico estaban fielmente reflejados sus argumentos y los míos. Usted debería estar contento de que el público pueda apreciar las bases racionales sobre las cuales se apoya la presente constitución social, y hacer justicia a las vanas críticas de sus adversarios. ¿Pero al contrario, usted cierra la boca a la gente, confiesa!

Ambrosio. —Yo no intervengo en eso para nada; pertenezco a la magistratura judicial y no al ministerio público...

Jorge. —Sí, sí, pero son todos colegas y el mismo espíritu les anima.

Si mis conversaciones le aburren, dígamelo... e ire a hablar a otra parte.

(1) *Algunos de estos capítulos fueron escritos en 1897 y publicados en L'Agitazione de Ancona, que era frecuentemente víctima del secuestro.*

Ambrosio. —No, no, al contrario. Le confieso que me interesan mucho. Continuemos, y en cuanto al secuestro, diré una palabra al procurador del rey. Después de todo, tal como es la ley, nadie puede negarle el derecho a discutir.

Jorge. —Continuemos, pues. La otra vez, si me acuerdo bien, al defender el derecho de propiedad usted tomó por base primero la ley positiva, es decir el código, después el sentimiento de justicia, y por lo tanto la utilidad social. Permítame que recapitule en pocas palabras mis ideas al respecto.

Según mi opinión, la propiedad individual es injusta e inmoral porque está fundada o bien sobre la violencia abierta o sobre el fraude, o sobre la explotación legal del trabajo ajeno; y es nociva porque obstaculiza la producción e impide que se obtenga de la tierra y del trabajo todo lo necesario para satisfacer las necesidades de todos los hombres, porque crea la miseria de las masas y engendra el odio, los crímenes y la mayor parte de los males que afligen la sociedad moderna. Por eso la quisiera abolida para sustituirla por un régimen de propiedad común, en el cual todos los hombres, dando su justa contribución de trabajo, obtuviesen el máximo bienestar posible.

Ambrosio. —Pero verdaderamente yo no veo con qué lógica llega usted a la propiedad común. Usted ha combatido la propiedad porque, según su opinión, se deriva de la violencia y de la explotación del trabajo; ha dicho que los capitalistas regulan la producción en vista de su beneficio y no para satisfacer lo mejor que se pueda las necesidades del público con el menor esfuerzo posible de los trabajadores; usted ha negado el derecho a obtener una renta de una tierra que no se cultiva con las propias manos, de prestar a interés el propio dinero o de sacar un beneficio empleándolo en la construcción de casas y otras industrias; pero el derecho del trabajador al producto del propio trabajo lo ha reconocido usted mismo; más aún, se ha hecho su padrín.

Por consiguiente, en lógica estricta, usted puede reclamar la verificación de los títulos de propiedad hecha según su criterio, la abolición del interés del dinero y de la renta; puede incluso pedir la liquidación de la sociedad presente y la división de las tierras y de los instrumentos de trabajo entre los que quieren servirse de ellos... pero no puede hablar de comunismo. La propiedad individual de los productos del trabajo personal deberá existir siempre; y si quiere que su trabajador emancipado tenga la seguridad del mañana, sin la cual no se hace trabajo alguno que no da un fruto inmediato, debe reconocer también la propiedad individual de la tierra y de los instrumentos de producción que uno emplee, al menos mientras los emplee.